Historia de la aparicion de Nuestra Señora

Madrid

[1893?]

Reel: 45 Title: 6

BIBLIOGRAPHIC RECORD TARGET
PRESERVATION OFFICE
CLEVELAND PUBLIC LIBRARY

RLG GREAT COLLECTIONS
MICROFILMING PROJECT, PHASE IV
JOHN G. WHITE CHAPBOOK COLLECTION

Master Negative Storage Number: OCI00045.06

Control Number: ADT-7647
OCLC Number : 29761376
Call Number : W 381.568 H629 v.4 HAPA
Title : Historia de la aparicion de Nuestra Señora de Monstserrat : con los estraños y maravillosos sucesos del anacoreta Fr. Juan Garin.
Imprint : Madrid : [Hernando, 1893?]
Format : 16 p. ; 22 cm.
Note : Cover title.
Note : Caption title: Historia de Nuestra Señora de Montserrat.
Note : Title vignette.
Subject : Chapbooks, Spanish.

MICROFILMED BY
PRESERVATION RESOURCES (BETHLEHEM, PA)
On behalf of the
Preservation Office, Cleveland Public Library
Cleveland, Ohio, USA
Film Size: 35mm microfilm
Image Placement: IIB
Reduction Ratio: 8:1
Date filming began: 9-28-94
Camera Operator: CG

(DOS PLIEGOS.)

HISTORIA

DE LA APARICION

DE NUESTRA SEÑORA DE MONTSERRAT,

CON LOS ESTRAÑOS Y MARAVILLOSOS SUCESOS

DEL ANACORETA FR. JUAN GARIN.



MADRID.
Despacho, calle de Juanelo núm. 19.



HISTORIA

DE

NUESTRA SEÑORA DE MONTSERRAT.

CAPÍTULO PRIMERO.

De cómo la oracion es el medio más eficaz de combatir al demonio cuando trata de extraviar nuestra alma, excitando nuestras pasiones.

Por el año de ochocientos ochenta, siendo primer conde de Barcelona Godofredo el Velloso, vivia en una cueva formada por las asperidades de la montaña de Montserrat un hombre llamado Fray Juan Garin. Su vida de ermitaño, las contínuas vigilias y oraciones en que se ocupaba y su trato afectuoso y caritativo para todas las personas que se dirigian á él, ya á pedirle consejos ó ya tambien á admirar el retiro y la soledad de su vida, hacian que no solamente fuese estimado de todos los que le trataban, sino tambien de quellos que no tenian de él más noticia que la fama de sus virtudes.

Juan Garin era jóven y bien constituido, de rostro dulce y apacible, á pesar de la rudeza de sus facciones y de su cutis por estar contínuamente expuesto á la intemperie. En sus lábios vagaba constantemente una sonrisa de benevolencia, con la cual acogia igualmente los elogios que se le tributaban y los ultrajes que la maledicencia hacia pesar sobre él, como sobre todo el que se eleva de la esfera comun de los vicios y de la corrupcion de la mayor parte de los hombres.

Entre los ejercicios de piedad y penitencias que voluntariamente se habia impuesto nuestro héroe, era una de ellas la de ir de cierto en cierto tiempo á Roma en peregrinacion. Y cumplia tan exactamente su deber, manifestaba una voluntad tan grande y tan ingénua de agradar á Dios con esta piadosa expedicion, que el Todo-Poderoso, que indudablemente recompensa con creces los servicios que se hacen en su honor, por pequeños é insignifican-

tes que sean, quiso esta vez testificar por medio de un milagro cuán grata le era la peregrinacion de Juan Garin, y qué opinion debian formar de él los demás hombres.

En efecto, era la época en que los peregrinos acostumbraban á llegar á Roma á la visita de los Santos Lugares. Las calles de la ciudad estaban llenas de gente que discurrian en todas direcciones, y gran parte de aquella multitud se dirigia hácia las puertas principales de Roma ó se estacionaba en el tránsito de estas al palacio Pontifical, movidas por la curiosidad de ver llegar tanto peregrino que desde los paises más lejanos acudian allí guiados todos ellos por un objeto único y sagrado.

De repente, sin que nada lo anunciase, ni nadie supiera á qué atribuirlo, las campanas de todas las iglesias de Roma empiezan repicar como si manos invisibles las moviesen; con sus lenguas metálicas expresan la alegría y el contento, y hasta parece que sus vibraciones son más sonoras y melodiosas. Todo el mundo se sorprende: todos se preguntan la causa de aquel milagro; quién corre, quién grita, quién se postra de rodillas y dirije al cielo una fervorosa oracion; pero nadie comprende aquel prodigio que se está obrando á la vista de todos y del cual nadie puede dudar. Entretanto ninguno se atreve á detener el movimiento rápido de las campanas, conociendo que aquello debe ser obra del Supremo Hacedor.

La estupefaccion y el asombro habian llegado á su colmo, cuando súbitamente parte un grito que desde una de las puertas de la ciudad va recorriendo toda aquella cadena humana y conmoviendo todos sus eslabones hasta los puntos más apartados. «Juan Garin acaba de entrar en Roma; honor al escogido de Dios por cuya intercesion se verifica sin duda aquel milagro.»

El humilde siervo del Señor llegó al palacio Pontifical, sin que en su rostro se advirtiesen señales de orgullo ó vanidad á causa de las manifestaciones que recibió durante el tránsito, y el Santo Padre, que ya estaba favorablemente predispuesto hácia Juan Garin por la fama de sus virtudes, no dudó en concederle su amistad, ofreciéndole el mismo don la mayor parte de los cardenales del Sacro Colegio.

Concluida su religiosa tarea, se restituyó á Montserrat, aumentando cada vez más sus ejercicios piadosos y gozando de la perfecta tranquilidad de espíritu.

Pero como el demonio no puede ver sin pesar que un hombre se dirija por la verdadera senda de su salvacion, puso en juego todos los recursos que su mala voluntad le sujería, conspirando por medio de las pasiones, que son sus poderosos auxiliares, á la perdicion del que hasta entonces se habia resistido á su poder infernal.

Ya hemos dicho que Juan Garin era visitado por varias personas que buscaban en él la sabiduría de sus consejos ó los consuelos de su caridad. Una tarde, despues que se quedó solo y se disponia á la oracion, empezó á considerar la pequeñez de los goces humanos y los crueles dolores que acarrean. Recordó varias de las

pláticas que habia tenido aquella tarde, y sin apercibirse de ello, se detuvo en la especie de confesion que le habia hecho una hermosa jóven, de sus amores con un mancebo de la ciudad vecina y los disgustos y lágrimas que aquellos amores la habian ocasionado. Entonces no pudo menos de compadecer á la infeliz jóven que no tenia otro delito que su inexperiencia y candidez, y no pudo menos de preguntarse, como hombre que no conoce de una cosa más que el nombre, qué era amor.

Y de la consideracion abstracta y moral de este sentimiento pasó á la contemplacion material de la persona que compadecia como una de sus víctimas. Largo tiempo batallaron en su imaginacion mil locas ideas, se le representaron imágenes de mujeres sonriendo lascivamente y ostentando maravillosas y torneadas formas. Su cabeza se abrasaba, su cuerpo temblaba con el frio que precede á la fiebre, y percibia sensaciones tan estrañas y desconocidas, que jamás habia esperimentado. En medio de este conflicto, de este desórden de sus facultades intelectuales, penetra en su alma un rayo de luz divina, que á la manera que el sol disipa las nubes de la bóveda celeste, disipó los vapores de su espíritu é iluminó su inteligencia impeliéndole á la oracion.

Pero en vano queria orar; una idea fija, constante, la idea de la jóven desgraciada encadena su voz, anuda su garganta y hace espirar en sus lábios la palabra sagrada. En vano procura distraer su imaginacion de aquel pensamiento con una religiosa lectura, porque sus ojos recorren las líneas sin comprender una sola palabra.

Satanás empezaba á entonar el canto de victoria. El infierno sonreia de placer, y su sonrisa era el estremecimiento de la tierra.

Juan Garin, con los ojos encendidos, el rostro inflamado, se lanza de la cueva como si el aire contenido en aquel reducido albergue no fuera bastante para satisfacer su vida. Sale al campo, sube á la montaña, y al llegar á la cumbre se postra de rodillas, con las manos cruzadas, los ojos elevados al cielo en ademan suplicante, vertiendo un raudal de lágrimas que humedecen su tosco sayo, bastante apenas para cubrir sus carnes.

Poco á poco el murmullo que se agitaba dentro de su cerebro va cediendo, los latidos de su corazon son más regulares y uniformes, su espíritu se sosiega, permanece inmóvil en un religioso y divino éxtasis. Sus lábios se animan y empiezan á orar. En medio de la noche, y con el silencio profundo de la soledad, le pareció oir descender del cielo al ángel de su guarda y batir sus alas en torno de su cabeza.

El cristiano acababa de salvarse con la oracion.

El infierno rugió con sorda cólera, pero el infierno estaba vencido.

CAPITULO II.

Que trata de los medios de que se valió Lucifer para combatir al santo ermitaño y presentarle la ocasion de que viese á la hija del conde de Barcelona.

Viendo frustradas sus esperanzas el infierno, se propuso Lucifer emplear todo su diabólico poder en tentar al buen Juan Garin y obligarle á caer en el pecado de que hasta entonces se habia visto libre, gracias á la bondad de Dios á quien habia apelado.

Sucedió, pues, que un dia en que el ermitaño se hallaba solo á la puerta de su gruta, en estática contemplacion, vió venir costeando con gran trabajo las revueltas escarpadas del camino que conducia á su solitaria mansion, á un hombre que en traje de religioso parecia dirigirse á él. En efecto, no tardó mucho en reunirse con Juan Garin, el cual se levantó admirado, y al hacerlo el recien llegado con el tono de la mas sublime caridad y arrepentimiento le habló en estos términos:

—Bienaventurado siervo de Dios, dignate escuchar lo que el más grande pecador de la tierra viene á confiarte, por ver si con el bálsamo de tus santas palabras consigue cicatrizar la profunda herida que el pecado ha abierto en su alma. La fama de tus virtudes, hermano mio, ha llegado hasta mis oidos: y habiendo yo resuelto apartarme como tú de las glorias y vanidades mundanas que solo acarrean dolores en el cuerpo, pesares en el alma y remordimientos en la conciencia, he venido hasta aquí á suplicarte, si no lo tomas á mal, que me admitas en tu santa compañía, para que tu ejemplo iluminando mi alma aclare las tinieblas de que se halla rodeada y me disponga á volver á entrar en el verdadero y buen camino de la gracia de Dios, único bien á que aspiro. No me arrojes de tu lado, hermano mio, no me dejes marchar desconsolado, yo te lo ruego, porque entonces tendrás que echar sobre tí la responsabilidad de mi desesperacion.

A estas palabras, Juan Garin no pudo menos de conmoverse con un sentimiento de cristiana piedad hácia el desconocido, y viendo su buen propósito y deseo, no solo no le despidió sino que le animó á seguir la obra comenzada, dándole escelentes consejos, instruyéndole en religiosas prácticas, y finalmente, ayudándole á construir una cueva cerca de la suya, pa ra que vviendo tan inmediatos, no pudieran distraerse, sin embargo, en sus mútuas oraciones y penitencias. La gruta que fué á ocupar el nuevo ermitaño se hallaba en la cumbre de la montaña á dos tiros de ballesta poco más ó menos de la cueva de Juan Garin, y en el dia

se conoce con el nombre de *Cueva de Satanás*, á poca distancia del monasterio.

De esta manera, auxiliándose y animándose mútuamente, vivian ambos ermitaños, no pudiendo menos de sorprenderse Juan Garin del celo, exactitud y religiosa union que desplegaba su compañero en todos los actos de su solitaria y laboriosa vida.

Durante este tiempo pasaba en Barcelona una lamentable escena. La hija del conde se hallaba enferma, de dia en dia se iba desmejorando y perdiendo la salud; al color sonrosado de sus mejillas habia sucedido una palidez mortal, su belleza sin igual se habia marchitado como la rosa agostada por los rayos de un sol abrasador. En vano se procuraba averiguar la causa de tan extraña novedad; los mejores médicos de la ciudad y otros que se habian enviado á buscar á lejanas tierras, no acertaban á curar aquella especie de melancolía que se habia apoderado de la jóven. Viendo, en fin, que eran inútiles todos los remedios que se practicaban, presumieron algunos que podria ser muy bien una enfermedad moral la que habia acometido á la hija del conde; y en este caso, siguiendo las creencias de aquella época, á nada podia atribuirse sino á que los demonios se hubieran posesionado del alma de la jóven condesa, haciéndola sufrir un tormento cruel é indefinible. Entonces se emplearon los exorcismos, los conjuros y varios otros medios aconsejados y recomendados como los más eficaces para el caso. Pero todo fué sin fruto, porque la enfermedad continuaba creciendo cada dia en intensidad y sin que nada fuera bastante á contener sus progresos. Agotados, pues, todos estos recursos, cuando el conde se hallaba en el más completo estado de desolacion y tristeza, fué informado por algunas personas de su servidumbre de que en las montañas de Montserrat existia un santo varon que haciendo vida de ermitaño y ejercitándose en la práctica de las virtudes, seria quizás muy apropósito para desterrar al demonio que bajo la forma indicada de melancolía profunda atormentaba á su querida hija.

Grande fué la alegría del conde al oir esta nueva, desesperado como se hallaba de encontrar auxilios y recursos para el inmenso mal que le afligia. Así es que no titubeó en dirigirse al ermitaño y suplicarle que emplease todo su poder en sacarle de aquel conflicto.

En efecto, el conde en persona condujo á su hija á la morada de Juan Garin, el cual sorprendido de su presencia, vaciló al principio en presentarse; pero informado del objeto que les guiaba allí y despues de haber tranquilizado el espíritu de la jóven con palabras de caridad evangélica y de piadosa ternura, hizo que la hija del conde se arrodillara é invocase de todo corazon á la Santísima Vírgen María, cuya intercesion con su divino Hijo tambien se proponia implorar por su parte el ermitaño.

Al cabo de una hora, pasada en oracion, la jóven se sintió notablemente aliviada, tanto que una sonrisa de satisfaccion surcó sus labios, inmóviles por tanto tiempo. El conde, enajenado, fuera de sí con aquel prodigio que le devolvia la tranquilidad de su

alma y la vida de su hija, no sabia qué hacer con Juan Garin, colmándole de bendiciones y prometiéndole cuanto la ambicion de un hombre pudiera apetecer. Pero el modesto ermitaño se negó obstinadamente á recibir ningun don, contentándose con pedir que rogase á Dios por sus pecados. En seguida los despidió respetuosamente; pero el conde que queria asegurarse completamente de la salud de su hija, suplicó al ermitaño que dejase permanecer á la doncella por algunos dias á su lado, para que tuviera mas tiempo de adquirir la firmeza necesaria para el éxito de su empresa y no tuviera los inconvenientes de una recaida.

—Sensible me es en estremo, señor, respondió Juan Garin, no poder complaceros; pero una de las cosas mas esenciales en nuestra vida de ermitaños es la soledad, porque sin ella no nos es tan fácil entregarnos á la oracion y á los religiosos actos de que pudiera distraernos la presencia de varios testigos. Por lo tanto, yo creo que podreis retiraros con vuestra hija, sin temor de que vuelva á á empeorarse y sin necesidad de causarla las molestias consiguientes en este árido y apartado lugar.

—Padre, repuso el conde, si algo pueden mis ruegos para con vos, si vuestra alma es sensible á los dolores que experimento con la sola idea de que mi hija volviese al terrible estado en que se encontraba, os pido de todas veras la dejeis permanecer á vuestro lado siquiera por unos dias; y para que la presencia de muchas personas no pueda importunaros, como acabais de decir, nosotros esperaremos durante este tiempo en el pueblo de Monistrol, que está al pié de esta montaña, y por consiguiente próximo á este sitio, para cuanto os ocurra.

Juan Garin quiso replicar; su conciencia no podia consentir que una mujer y una mujer hermosa, viniera á albergarse en su morada, á vivir á su lado, á participar de todas sus acciones y á penetrar quizás sus pensamientos: por otra parte, la castidad que habia jurado se oponia tambien á semejante asociacion que no podia menos de atacarla, y tal vez vencerla. Pero el ermitaño desconocido que, como ya hemos dicho, vivia á poca distancia de la gruta de Juan Garin, procuró disuadirle de sus temores, aconsejándole que recibiese en su compañía á la hija del conde, en lo cual no veia inconveniente, sino al contrario una obra muy meritoria á los ojos de Dios, puesto que cuanto mayor fuera la tentacion y el peligro, mayor debia ser la gloria de combatirle y vencerle. De manera, que fascinado Juan Garin con este argumento y con la persistencia del conde, demasiado timido por otra parte para osar oponerse á una voluntad que en vano hubiera tratado de resistir, bajó la cabeza con humildad, y aunque con gran pesar, consintió, al fin, en que permaneciese á su lado la doncella; y su padre y demás personas de la comitiva, vivamente satisfechos y contentos por el feliz resultado que acababa de tener lugar, salieron de la gruta y se alejaron hácia el pueblo de Monistrol.

CAPÍTULO III.

De cómo Juan Garin, seducido por la belleza de la hija del conde, cayó en el pecado, y despues, por consejo de su compañero el ermitaño desconocido, cometió un crímen horroroso.

Apenas se halló solo Juan Garin con la doncella, experimentó un sentimiento de temor inexplicable, que invadiendo progresivamente su espíritu, debilitó sus fuerzas y le predispuso á la tentacion, demasiado frágil ya para resistirla.

Aquella noche la pasó en un contínuo delirio, sin que le fuera fácil conciliar el sueño; la imágen de la doncella se representaba incesantemente en su imaginacion de la manera más provocativa y sensual, produciéndole una confusion de ideas, un desórden de pensamientos que terminaron, en fin, por hacerle perder el juicio y dejarse llevar por la resbaladiza pendiente que habia de precipitarle en el abismo del pecado. Sentia un fuego que le abrasaba interiormente, y sin embargo, algunas veces tiritaba de espanto y de pavor á la vista de la hija del conde. Esta, por su parte, tambien empezaba á sentir amorosos deseos, y más débil aún que Juan Garin para combatirlos, no solo no los evitaba, sino que se entregaba á ellos con placer, sin acordarse de su honestidad y recato para contenerlos y destruirlos.

En tal conflicto, creyó Juan Garin que debia apartarse á todo trance de la hija del conde, para lo cual fué á pedir consejo á su compañero, confiando en que seria de su misma opinion. Pero en vez de convenir con él, le arguyó de falta de valor, le citó por modelo á San Antonio Abad, que desafiaba las tentaciones para sufrir con el tormento que le proporcionaban, y le animó, en fin, á dar cima á la empresa que tan santamente habia comenzado y de cuyo éxito no debia desmayar.

El buen Juan Garin se volvió un poco más animado; pero al llegar á su gruta, retrocedió como por un sentimiento natural é instintivo, y fué otra vez á conversar con su compañero acerca de la necesidad de su partida; pero esta vez, como la anterior, tuvo que sufrir las mismas reconvenciones, los mismos argumentos y las mismas acusaciones de cobardía y debilidad.

En esta lucha se pasaron dos dias, y era el anochecer del tercero cuando Juan Garin tuvo que sufrir uno de aquellos violentos ataques que ya habia experimentado. La hija del conde, ofreciendo á las miradas del ermitaño su seno y sus hombros medio desnudos, con su ardiente mirada fija en el anacoreta, con ademanes

voluptuosos y palabras que se filtraban en el alma de Juan Garin como un veneno sutil, acabó de trastornar su razon, perdió el conocimiento, y presa de un vértigo horrible, se precipitó en sus brazos, la estrechó contra su corazon, que latia tumultuosamente, y la mancha del pecado cayó en su alma, hasta entonces pura é inmaculada.

Cuando el anacoreta volvió en sí del estupor en que se hallaba; cuando pudo considerar friamente aquel objeto cuya posesion momentánea habia sacrificado una eternidad de dicha y de ventura, cuando juzgó que en un solo instante habia perdido el fruto de sus penosas tareas de tanto tiempo, granjeándose la condenacion de su alma, brotó de sus ojos un raudal de lágrimas de arrepentimiento, se avergonzó de sí mismo y de su flaqueza, y anonadado y confundido, se dirigió en busca de su compañero para confiarle la enorme culpa que pesaba sobre sí.

—Hermano mio, le dijo anegado en acerbo llanto, acabo de cometer un gran pecado, una accion monstruosa; sabe, pues, que he abusado de la hija del conde, y he caido en la tentacion de poseerla. Mas luego que he conseguido tan detestable fin, me he arrepentido y vengo á tí á que me aconsejes, y ayudes á buscar un medio de ocultar mi falta y su deshonra.

—Grande es, en efecto, el pecado que has cometido, repuso el desconocido ermitaño; pero si consiguieras ocultarlo á los ojos del mundo, podrias mucho mejor entregarte á la oracion é implorar la divina misericordia; porque ante todas cosas el escándalo es lo que debes evitar, el pernicioso ejemplo que darias á los demas si llegara á descubrirse tu falta. ¿Qué se diria de tí, de tu santidad y de tus virtudes? Pasarias por un vil hipócrita, y ese mismo pueblo que te glorifica y te bendice, te escupiria al rostro y te arrojaria piedras por haberle engañado.

—¡Oh, Dios mio! ¿Qué he de hacer en esta angustiosa y terrible situacion? exclamó Juan Garin.

—¿Qué? respondió su compañero, si quieres evitar que tu pecado llegue á descubrirse, debes conocer que es imposible mientras viva la doncella; hasta ahora nadie más que Dios y nosotros sabemos tu crimen; pues bien, para que nunca llegue á oidos de nadie, para que castigando su falta cargues tú con los remordimientos que ella pudiera tener y tu penitencia sea mayor, yo te aconsejo que la asesines, y enterrada por nosotros dos, nadie averiguará el suceso, y su padre, al ver que tú dices que no la has visto, lo juzgará obra de un milagro.

Mucho trabajo costó á Juan Garin decidirse á ejecutar lo que su compañero le habia aconsejado; pero temiendo sobre todo la averiguacion de su falta, aquella misma noche, cuando la hija del conde gozaba de su dulce y pacífico sueño, con la mano trémula, turbada la vista y el cabello erizado, provisto, en fin, de un cuchillo, atravesó el corazon de la infeliz, y ayudado por su compañero, la enterraron á un tiro de ballesta de la cueva donde hoy está edificado el monasterio de Montserrat.

El ermitaño desconocido se retiró concluida su obra, y Juan

Garin se encontró frente á frente con sus terribles remordimientos que pesaban sobre su alma como una enorme piedra. En vano procuraba desterrar de su imaginacion la idea del crímen que acababa de cometer; inútilmente acudia á la oracion, porque las palabras consagradas parecian abrasar su garganta al pronunciarlas: en este estado de fiebre y de delirio cerraba los ojos para no ver las fantasmas horribles y sangrientas que giraban sin cesar alrededor de él; veia acercarse su víctima presentándole su herida sangrienta; al conde pidiéndole su hija con gritos desgarradores; á los vecinos del pueblo de Monistrol, que le perseguian y le arrojaban piedras, llamándole ¡asesino! ¡asesino! Y esta palabra, como un prolongado eco, resonaba en sus oidos, y vibraba siempre con una oscilacion frenética y sin fin. Despues de todo esto, en medio de aquella turba confusa y desapiadada que le acosaba por todas partes, veia tambien elevarse la justicia de Dios con su espada pendiente sobre su cabeza. El desdichado corria entonces huyendo en todas direcciones, escondiéndose detrás de las peñas, agitado por un temblor convulsivo y sin poderse dar cuenta de lo que le pasaba. Así le sorprendió el dia siguiente, y cuando el sol vino á iluminar la tierra y á prestar la alegría á las aves y el calor á las plantas de aquella comarca, sus rayos no aclararon los tenebrosos pensamientos del ermitaño, ni templaron su cuerpo todavía agitado por el mismo temblor.

Cuando el conde y sus criados subieron á la montaña á informarse del estado de la doncella, Juan Garin contestó que habia desaparecido mientras él estaba ausente, y que aquello no le habia llamado la atencion por creer que ya estaba buena y curada y habria ido á reunirse con su padre.

El conde, que no dudaba un punto de la veracidad del ermitaño, partió entonces á Barcelona por si su hija se habia dirigido hácia aquel punto, y Juan Garin fué á comunicar el resultado de aquella escena á su vecino y compañero.

—¿Cómo te atreves á presentarte á ningun hombre, enemigo de Dios? le dijo el ermitaño desconocido; ¿qué es de tu santidad y tus virtudes, hipócrita é impío pecador? ¿Dónde sino en el infierno podrás hallar quien escuche tus crímenes, miserable?...

—¡Pero santo Dios, hermano, no me has aconsejado tú mismo todo lo que he hecho?

—Sí, respondió su compañero con una carcajada infernal, sí, es cierto; ¿pero no has conocido, imbécil, quién era yo?

—¡Ah! ¿quién sois? preguntó Juan Garin consternado.

—¿Quién soy? ¡Desgraciado! ¡Yo soy el mismo Satanás, que bajo esta forma, te he impelido al pecado y te he precipitado en el infierno!

—¡Gran Dios! exclamó el infeliz anacoreta, ¡misericordia! ¡misericordia! ¡misericordia!

Y cayó de rodillas, ocultándose el rostro con sus manos.

Una risa estridente, terrible, atronadora, conmovió entonces la montaña, y resonó en sus concavidades. Juan Garin alzó los ojos, y el falso ermitaño habia desaparecido.

Al dia siguiente, devorado de remordimientos, avergonzado y triste, huyó Juan Garin á Roma, con la idea de solicitar del Santo Padre la absolucion de sus enormes crímenes.

CAPÍTULO IV.

De la penitencia que el Santo Padre impuso á Juan Garin y de su manera de cumplirla.

Cuando hubo llegado á Roma Juan Garin, se dirigió en seguida al palacio del Padre Santo y solicitó una audiencia de Su Santidad. Pero habiéndole preguntado su nombre los criados del jefe de la Iglesia, respondió que se llamaba Juan Garin y era conocido por su vida de ermitaño.

—¡Imposible! exclamaron los servidores de Su Santidad, sin duda pretendeis engañarnos; ¿no veis que el ermitaño de quien hablais le conocemos perfectamente, mucho más cuando siempre se señala por algun milagro su entrada en esta ciudad?

Juan Garin insistió nuevamente, y viendo su tenacidad, anunciaron su presencia al Papa, el cual, no menos admirado y sorprendido que sus criados, dudó mucho en recibirle; pero habiéndole manifestado que el hombre que solicitaba verle, deseaba á cualquier precio le oyese un instante para hacerle revelaciones de importancia, consintió al fin en admitirle, teniendo en cuenta su sagrada mision de escuchar á todos los pecadores que á él se dirigian.

En efecto; apenas fué introducido Juan Garin y presentado á Su Santidad, se postró de rodillas y anegado en llanto, desconsolado y con señales inequívocas de arrepentimiento, hizo una exacta y verdadera relacion de su crímen, acusándose y reconviniéndose de todo corazon por el enorme pecado que habia cometido.

El Padre Santo, despues de haberle escuchado, se arrodilló tambien é impetró la divina clemencia para aquel desgraciado en una piadosa y ferviente plegaria, y despues de un momento de religiosa meditacion, se levantó é impuso á Juan Garin por penitencia que volviese á las montañas de Montserrat de rodillas, siempre en oracion y sin elevar los ojos al cielo, hasta que un niño de cierta edad, símbolo de inocencia y de pureza, le indicase que la

cólera divina estaba aplacada, y por consiguiente relevado Juan Garin de su penitencia.

Así lo hizo efectivamente, y despues de un espacio de tiempo sumamente dilatado, llegó á las montañas de Montserrat sin haber variado de postura ni levantado la cabeza que llevaba inclinada sobre el pecho.

No era lo más duro de su rigurosa penitencia las fatigas de una marcha lenta y trabajosa, no lo era tampoco la prohibicion de elevar los ojos al cielo en lo que consistia todo su rigor y por lo mismo todo su mérito, era en los reiterados y crueles ultrajes que recibia á cada paso. En un pueblo lo apedreaban, al pasar por otro le perseguian, insultaban y escarnecian: otras veces en medio de un bosque le tomaban por una fiera dañina y faltaba poco para atravesarle con una flecha antes de convencerse de que era una criatura humana la que así caminaba. En fin, vituperios, afrentas, escarnio, golpes, heridas: hé aquí lo que el infeliz ermitaño tuvo que sufrir hasta llegar al fin de su penosa jornada, sin que lanzase una queja para los ultrajes, un lamento para los golpes, una mirada de cólera para las heridas. ¡Sublime y santa resignacion, que á primera vista parece increible, pero que cesará de admirarnos al recordar el inmenso é incomparable sacrificio que el Dios Hombre hizo con su abnegacion divina y maravillosa cuando en el Gólgota ofreció su preciosa vida por precio de nuestra redencion.

Aquella especie de vida agreste y salvaje habia hecho que la piel del desdichado Juan Garin, expuesto continuamente á la intemperie, llegase á curtirse de tal manera y á adquirir una consistencia y densidad tan prodigiosas, que esto unido al crecimiento de su barba y cabello y de la especie de vellosidad sumamente larga que se habia criado en toda la superficie de su cuerpo, le daban el aspecto de una fiera, destruyendo todo signo que pudiera hacerle considerar como á un ser humano.

Habitaba las cavernas del monte, se mantenia de las yerbas que por casualidad encontraba, y aun á veces procuraba mortificarse tambien con el martirio del hambre y de la sed, añadiendo todos estos tormentos voluntarios á la dura penitencia bastante para espiar su crimen, el hallarse convertido en fiera y separado absolutamente de los demás hombres.

Así sucedió que, yendo un dia de caza el conde de Barcelona hácia las montañas de Montserrat, hizo alto con su gente cerca del rio Llobregat por ser aquel sitio conocido como famoso para esperar á las fieras que de la montaña bajaban á beber. No hacia mucho tiempo que estaban allí, cuando sintieron que los perros que se habian estraviado en busca de caza, ladraban fuertemente a la entrada de una cueva de la montaña, sin atreverse, no obstante, á penetrar en ella. Este incidente tan extraño y singular, escitó la curiosidad de los cazadores y determinaron llegar hasta la cueva, tomando antes varias precauciones, porque con razon suponian que en aquella desierta morada debia albergarse alguna terrible fiera, puesto que habia causado tal pavor á los perros.

No sin gran trabajo consiguieron al fin llegar al sitio indicado, y llamando á los perros y dirigiendo hácia adelante las puntas de sus lanzas, tocaron hasta herirle, un animal salvaje, al pare-



cer, que á pesar de las escitaciones de los cazadores no se movió ni levantó la cabeza. Admirados singularmente y llenos al mismo tiempo de terror, no osaron dar un paso dentro de la cueva y fueron á noticiar al conde, su señor, cuanto les habia acontecido. Informado este del caso, ordenó que subiera mas gente y que á toda costa procurasen llevar á su presencia aquel extraño animal.

Pero no tuvieron necesidad de emplear muchos esfuerzos para reducir y sacar de allí al ser inofensivo que tal espanto les habia causado. Echáronle un lazo al cuello desde una respetable distancia, y de esta manera, sin aproximarse ni tirar muy fuerte de la cuerda por miedo de que se enfureciese, le condujeron á presencia de su señor que los aguardaba en Monistrol.

El conde, horrorizado y pavoroso á la vista de una fiera, que si bien no habia mostrado resistencia, era de unas dimensiones extremadas, apenas la miró, dispuso que fuese encerrada en una especie de jaula del palacio menor que hoy se llama Condal, y por una estrecha ventanilla se le arrojaba pan y se llenaba un caldero de agua que habia arrimado á la puerta debajo de la ventanilla, siendo expuesto á las miradas del pueblo algunos dias por este mismo agujero ó rejilla practicada en la puerta de la jaula.

Y hé aquí, cómo la penitencia de Juan Garin fué singular y difícil de cumplir, y cuánta fué su perseverancia al sufrir que se le tuviese por una fiera y se le tratase como á tal.

CAPÍTULO V.

De la aparicion de la Santísima Virgen María en la montaña de Montserrat.

En aquel tiempo sucedió que siete muchachos del pueblo de Monistrol, que entonces tenia muy poca poblacion, andaban guardando ganados por las montañas inmediatas, y como la mas próxima, por la de Montserrat. Un sábado por la tarde estaban entretenidos en inocentes juegos, cuando les pareció ver una porcion de luces que descendian del cielo é iban á parar á una cueva de la montaña de Montserrat. Al punto suspendieron su inocente diversion, y admirados y confusos se asieron de las manos y se fueron aproximando al sitio en donde habian visto penetrar las luces. Entonces oyeron una deliciosa música acompañada de suaves y melodiosos cantos, y asombrados y confusos corrieron á participar á sus familias el suceso de que habian sido testigos. Al principio no fueron creidos de sus padres; pero viendo que insistian y aseguraban ser cierto cuanto habian dicho, dispusieron informarse aquellos por sí mismos el sábado próximo. En efecto, cuando hubieron llegado á la cueva que estaba situada en el terreno comprendido hoy entre la capilla de San Miguel y el monasterio de Nuestra Señora de Montserrat, hácia la parte de Llobregat, observaron con una profunda admiracion el mismo hecho que les habian referido sus hijos. Entonces se apresuraron á comunicarlo al rector de Olesa, el cual despues de haberlo presenciado tambien, no se atrevió á disponer nada por sí, y se dirigió al obispo de Manresa con el objeto de que resolviese lo que se debia hacer en aquel caso extraordinario. El obispo entonces determinó ir al lugar señalado por los muchachos en solemne procesion, seguido de todos los fieles que quisiesen acompañarle, y saliendo de Manresa fueron á Monistrol y desde allí al sitio designado. Cuando ya era cerca del anochecer vieron todos las mismas luces de que habian hablado los muchachos, bajar del Cielo y penetrar en la cueva, y oyeron los dulcísimos cantos que resonaban dentro, pero tan clara y distintamente, que el obispo de Manresa, maravillado de tan extraño espectáculo, comprendió que debia ser cosa del Cielo, é inmediatamente subió á la cueva, la cual exhalaba odoríferos perfumes, y halló dentro la Imágen de Nuestra Señora la Vírgen María, que hoy está en el altar mayor de la iglesia de Montserrat, sin que en ningun tiempo se haya podido averiguar su procedencia. Entonces el digno prelado hizo oracion con las rodillas desnudas ante la Imágen de María Santísima Madre de Dios. Despues dispuso el obispo llevarla á la catedral de Manresa; pero al llegar al sitio en

que hoy se encuentra el monasterio, los que la conducian no pudieron pasar adelante ni atrás, y movido el obispo por una inspiracion divina, hizo voto de edificar una capilla en aquel lugar á la Santísima Virgen en honor de su amantísimo Hijo, bajo la advocacion de Nuestra Señora de Montserrat. El rector de Olesa prometió, á ejemplo del obispo, fijar su residencia en la misma capilla. Todo lo cual se puso por obra, y posteriormente se edificó el monasterio que hoy existe, siendo el primero que le tuvo á su cargo el sobredicho rector y otro clérigo donado.

CAPÍTULO VI.

Del término de la penitencia de Juan Garin y del encuentro de la hija del conde en el sitio en que fué enterrada.

Terminado un festin que habia dado el conde de Barcelona á los nobles de la ciudad, con motivo de haber dado á luz un niño su esposa la condesa, rogaron al conde los convidados hiciese subir á aquel animal salvaje que habia cazado en la montaña de Montserrat. El conde accedió y trajeron á Juan Garin con una cuerda al cuello, y sin que el humilde siervo de Dios levantase la cabeza, á pesar de las excitaciones de los convidados, que le contemplaban con pavor y espanto. El ama de cria tambien se hallaba presente con el hijo del conde que tenia tres meses, y cuando todos estaban engolfados en su diversion, el niño pronunció las palabras siguientes, que conmovieron y maravillaron á todos: *Levántate, Juan Garin, alza tu frente, que el Señor, satisfecho ya de la penitencia que has hecho por tus pecados, te perdona con su infinita misericordia.* Al oir lo cual se levantó Juan Garin y fué reconocido con asombro de todos. Entonces confesó al conde su delito y este le perdonó. Dispuso el conde trasladar el cuerpo de su hija á la Seo de Barcelona; y llegados al sitio en que estaba enterrada la doncella, la encontraron viva y sin lesion alguna; lo que visto por el conde preguntó en qué consistia aquel milagro, á lo que respondió que se le debia á la devocion que tenia á María Santísima. Partieron á Barcelona y algun tiempo despues dispuso casar á su hija; pero se negó, manifestando su vocacion religiosa; y su padre, accediendo á su peticion, formó la Orden de monjas de San Benito en el monasterio de Montserrat, en el que su hija fué la abadesa, auxiliándolas en sus piadosos deberes el rector de Olesa y Juan Garin.—En tiempo del buen conde Borrel, que sucedió al Velloso, fué ocupado este monasterio por los monjes de San Benito, por la afluencia de peregrinos que perjudicaban el pudor de las esposas del Señor, trasladándolas al de San Pedro en Barcelona.

FIN.